

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN

LOS VERDADEROS DESCUBRIDORES DE AMERICA

SE dan conferencias sobre los temas más peregrinos; el menú cambia como en los restaurantes todos los días. Se anunció un día una charla sobre loros y lo que de momento pudo creerse que era una broma, resultó tan serio como cualquier otro de los actos académicos. El conferenciante empezó diciendo con toda honestidad que más que una conferencia iba a ofrecernos una charla sobre esos curiosos charlatanes verdes, tan calumniados por los que viven a sus costillas, contando chistes, y tan perseguidos por los que les dan caza para domesticarlos, aprovechar su pluma, o bien los exterminan por el temor a la famosa psitacosis. Y entrando en materia lórica expresó que su domesticación es tan antigua que no habría fijar cuándo empezó, pues ya en la época de Catón lucían estas aves, traídas de las Indias, en jaulas de plata sobre estacas de marfil. Era en la época que un loro que hablara bien valía más que un esclavo. Y lo primero que aprendían a pronunciar los loros era el nombre de César, y los de las favoritas.

Luego, después del descubrimiento de América, Europa se llenó de loros. Sientan sus reales en las cortes, en las casas de los señores, y poco a poco van bajando en la escala social hasta vérselos en las posadas de Cádiz, en las mancebías y otros sitios poco recomendables. Es acoquinante el hablar de estos «monos alados». Llenan el aire con sus palabras y gritos estridentes y, aunque ya se les tiene catalogados, no falta nada con sorpresa, y la sorpresa es siempre uno de estos gra-

ciosos parlanchines animales por el color de su pluma, el brumoso y entintado ojo y su sultura para imitar el habla del cristiano. «Además del oro, el loro», se decía ya entonces, comentando la riqueza de los que volvían de Indias, y emperadores, reinas, príncipes y primados, entretuvieron sus ocios con estas aves malignas, astutas y un bastante caprichosas, a las que muchas veces se pensaba no ajenas al demonio, tan bien imitan el don de la palabra.

Del campo de la historia, pasó el conferenciante a la clasificación, indicando que «los loros, cotorras y guacamayos, constituyen un orden de aves bien determinado, que se caracteriza por la conformación de su pico, que no la presentan otras aves, por lo que los ornitólogos les dieron el nombre de globirrostris. Pueden ser consideradas como las aves más superiores por su inteligencia extraordinaria. Utilizan el pico como órgano de locomoción y en ningún ave se observa, como en ésta, la articulación que existe entre el hueso frontal y la mandíbula superior, así como la articulación del maxilar inferior con el hueso timpánico. El desarrollo de los músculos de la laringe les permite imitar la voz humana con toda naturalidad y sus colores llamativos y vistosos, azul, negro y amarillo, se deben a pigmentos, mientras los verdes tornasolados, a la estructura de las plumas y dispersión y refracción de la luz. Sobrepasan de 600 las especies conocidas».

Luego entró el conferenciante a detallar lo evolucionado de los sentidos de los loros: ven, sienten, oyen, gustan, tocan,

paladean con la lengua los alimentos, reconociéndolos, estornudan al respirar el humo, en cautividad beben agua, pero no cuando están libres, porque lo que con ellos sí reza de verdad aquello de la «sed de la libertad». Poseen memoria, discernimiento, prudencia, se hacen agradables o inaguantables, según quieran agradar o desagradar a las personas con quien tratan...

Pero donde el conferenciante sorprendió a sus oyentes fue cuando dijo, medio en broma, medio en serio, que después de discutirse mucho si el descubridor de América había sido Cristóbal Colón, ya que muchos pretendían que antes habían llegado a nuestras costas los vikingos, los portugueses y otras naciones de navegantes, lo que no podía negarse era que los verdaderos descubridores del Nuevo Mundo habían sido los loros, quienes salieron al encuentro de la Santa María, la Niña y la Pinta. Los loros, las bandadas de loros, hicieron cambiar de rumbo a Colón, que por ellos descubrió tierra de aquel lado del océano. Algo así como un milagro para el Almirante, el encontrarse de pronto con un reguero de aves de verde color de esperanza, gritándole: «¡Es por aquí...! ¡Es por aquí...! ¡Es por aquí...!», con el sonido gutural, vibrante, de sus agujeros nasales. Y por allí era, por allí era América...

Miguel ANGEL ASTURIAS

Premio Nobel

DESGANA DE OCIO

EL ARTE DE PASAR EL RATO

ME lo explicaba un amigo que recientemente ha ido por allá. Al parecer, en el Japón onde una extraña epidemia moral de consecuencias imprevisibles: se trata de que las gentes, cada día más, tienden a negarse al ocio. Las multitudes obreras se aferran al trabajo, a su trabajo, en un grado de pasión que ya no tiene nada que ver con la necesidad del jornal y ni siquiera con el entusiasmo de aumentar sus ahorros. No pongo en la cuenta desde luego, el curioso hecho de traducir las habituales laborales, no por el clásico procedimiento de la huelga, sino con el gesto simbólico de colocarse en el ojal de la solapa un botón de color. Al fin y al cabo, los paros de lucha social no miran precisamente al ocio. Pero sí las vacaciones. Y resulta que los japoneses subalternos —la gran masa de las oficinas, en particular— no manifiestan ningún interés por gozar de un periodo anual de descanso pagado. Muy poco interés, en todo caso. Los dirigentes sindicales están alarmados ante esta desidia y procuran despertar el ánimo reivindicador: sin excesivo éxito, según dicen. Las reclamaciones de la plantilla podrían obtener amplia satisfacción y nadie «reclama». Tal es el asunto.

Que, así, expuesto con la crudeza de una anécdota esquemática, no deja de sorprender. Porque una venerable tradición universal, archidocumentada, certifica que el hombre es más bien aficionado al «dulce far niente». Siempre hizo falta que las clases dominantes creasen una mitología que ayudase a la aceptación cotidiana del trabajo: señalándolo como un «castigo divino», inexcusable, o atribuyéndole un «prestigio» singular. La maniobra dio resultado y estas formas de hipnosis colectiva han servido, y mucho, a compensar la tristeza de los emolumentos o el riesgo de los oficios. Ciertamente, el «trabajo» lo es todo: en el fondo constituye la única posibilidad de dominar la Naturaleza y, por tanto, de humanizar al hombre, o de «hominificarlo», cuando menos. Pero la inclinación a «descansar» nunca falla. Una humanidad perezosa se habría anquilosado en el Paleolítico, sin duda. También es verdad que la carga del trabajo ha estado permanentemente e ingominiosamente mal distribuida. De todos modos, a nadie le hace gracia pechar con «el sudor de su frente», por sistema. Los ricos y los pillos, que no se chupan el dedo,

o la «bohemia» no son atractivos —y sufren la se esfuerzan a escapar de la fatalidad...

La ilusión general ha sido la de abolir el «trabajo». No hay utopía que, en última instancia, no se apoye en ella. «Abolir» es, quizá, pedir demasiado, y la mayoría de los cultivadores del género se contentaron con inventar hipótesis de estricta «racionalización» de las faenas forzosas. Sin embargo, el ideal sería el Edén, la Edad de Oro o como se le quiera llamar: una situación inocente, gratuita y feliz, donde además, y por nunca se sabe qué misteriosa eventualidad, tampoco debería existir ni el más mínimo dolor de muelas. Como Adán y Eva antes de la Caída, vaya... Alguien escribió: «El siglo XIX y sus hijas tontas, las máquinas...». ¿Tontas? El tonto era el plumífero que redactó la frase. No son ninguna tontería las máquinas. Ellas han venido a facilitar una leve oportunidad de consuelo a las muchedumbres «sudorosas». A más máquinas, más «descanso». Las retenciones frente al «maquinismo», e incluso frente a un presunto «hipermaquinismo» —los fantasmas del «robot» insensato, de los trucos electrónicos que se autoprograman, etc.—, son residuos de una mentalidad aproximadamente medieval que, por lo demás, nunca es consecuente consigo misma. Los «enemigos» de la máquina —y sólo hay una «máquina», que las incluye todas —no se van al yermo, como una anacoreta de la Antigüedad, sino que, vestidos como Dios manda o de «hippies», recurren al teléfono, al avión, a la aspirina, en cuanto el apuro se presenta. La llamada, con mayúsculas, Segunda Revolución Industrial ofrece la perspectiva de que las máquinas hagan el trabajo: si no todo gran parte. A la larga, tal es lo que se prevé.

Tanto es como digo que hace tiempo que se viene hablando de la «civilización del ocio». Por una ley inflexible de su propio funcionamiento, el Neocapitalismo —esta es la premisa, huelga apuntarlo— tiene que plantearse el problema en términos básicos: de producción y de mercado. Nadie puede llamarse a engaño: muchas, casi todas las «victorias» que el proletariado occidental ha obtenido en los últimos años —en materia de salarios, horas laborales, vacaciones, participación en los beneficios— no son exactamente «revolucionarias». Hay motivos para sospechar que, aun arrancadas a la fuerza, son beneficiosos para las empresas y

sus accionistas. Cada día se produce más y, por consiguiente, hay que vender más, lo cual significa que ha de haber más compradores, los cuales no salen de la nada, sino que deben proceder del consabido aumento de sueldo, etcétera, etcétera. El «ocio» que se estipula no es una obra de caridad ni un subproducto de la lucha de clases: es, en realidad, la ampliación de la clientela. Un «ocioso» ha de ser, aunque no quiera, un «consumidor» más rentable que cualquier esclavo absoluto. Los esclavos no compran: reciben la papilla del amo. Ahora lo que los «amos» necesitan es «compradores». Individuos que ganen dinero y que lo gasten. La ficción económica y la realidad económica coinciden en eso.

La apatía de los japoneses no acaba de ser inteligible. O quizá sí: ellos «consumen» poco, y su «producción» ha de ser obligadamente exportada. ¿Liquidó McArthur el «imperialismo» nipón? ¿O involuntariamente colaboró a reavivarlo? El temor más o menos confesado al «peligro amarillo», que blancos —sobre todo los blancos—, negros y cobrizos alimentan en su intimidad, ¿hay que centrarlo justamente en Mao? El Gran Rival, para los negocios de Europa, Asia, África, América y Oceanía es ese Japón hormiguero, sin vacaciones, sin huelgas. Las últimas operaciones diplomáticas del Extremo Oriente —visiteos a Pekín— dan mucho que pensar: el objetivo no es tanto la China maoísta como el Japón fabril y ascético... Mi informador me asegura que la inapetencia de «ocio» por parte de los japoneses responde a una especie de falta de imaginación: a una morbosa obsesión por el «trabajo», por «hacer algo» y «hacerlo bien». Puede que sí. Nunca se sabe. El «ocio» no es nada sencillo. El «no tener nada que hacer» puede traducirse en una amarga expectativa: la del tedio. O en otras todavía peores.

«Aburrirse» ya es algo bastante feo. Mientras uno trabaja, en lo suyo o en algo suyo, no se aburre. Millones y millones de habitantes de nuestro planeta han sido educados —condicionados— de tal manera que ni alcanzan a advertir las ventajas del «aburrimiento». Y tampoco conciben la contrapartida de la «aventura» o la «bohemia»: esto es cosa de hijos de familia acomodada o de individuos irreconciliables con su medio. Si la «aventura»

amenaza de los tribunales, por «disparar» o «fumar» o «fornicar», y si el «aburrimiento» parece insalvable, ¿qué mejor que seguir «trabajando»? El trabajo sería una droga. En el Japón «laborioso» de hoy, displicente con las «vacaciones», ¿qué es el «trabajo»?... Esta nota no tiene la pretensión de examinar «de veras» el caso japonés, en cuya trama influyen dramáticamente la plétora demográfica y la limitación territorial, con lo que unos simples baños de mar o de piscina se presentan con visos de angustia... Conviene traer el tema a nuestra latitudes: ¿puede reproducirse entre nosotros esa «desgana» de ocio? No hago la pregunta a humo de pajas. Cuando uno circula por la calle y charla con el vecindario, los problemas se precisan...

He observado, de entrada, que una queja de base es muy comprensible: un día de fiesta es más «caro» que un día de trabajo. Dar «vacaciones» no es una concesión que los obreros hayan de acoger con gratitud, aunque sean «pagadas». Los gastos familiares crecen abrumadoramente cuando no se trabaja: en comida, en diversiones, en cualquier fórmula de «matar el tiempo». Y, lo que es peor, hay una falta de hábito en la «vagancia»: los beneficiarios no saben qué hacer con sus horas vacías. Pedirles que se dediquen a jugar al golf o a leer a Kafka sería una estupidez rayana en el canibalismo. Conozco a unos obreros de la Metalurgia que se resisten a disfrutar de un final de semana amplio: iniciado en el mediodía del viernes. «¿Qué quieres?», me dicen: «¿que aguantemos a la mujer y a la suegra, y a los niños, una tarde más, cada semana?...» El famoso «ocio» que brindan las oficinas político-publicitarias del Gran Tinglado se reduce, finalmente, a estas occlusiones domésticas... Cuentan que los ingleses ocupan la «vacación» semanal recortando el césped de su jardincillo y acudiendo a los servicios de su parroquia; y que los franceses se entregan al «bricolage» y a leer libros de la Gallimard. Estadísticamente, esto es mentira. Pero, ¡ma! qué bien, franceses e ingleses se las arreglan. ¿Un japonés? ¿Un paisano nuestro?... El «domingo» es un tópico de la melancolía literaria. Y no en balde.

Joan FUSTER



EMPRESA CONSTRUCTORA
FERNANDO GRANEL, S.A.

TELEF. 253 22 04* - MALLORCA, 200, PRAL. - BARCELONA-11

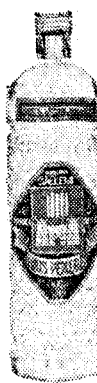
Regalos prácticos

- * Olla a presión
- * Cafeteras
- * Freidora eléctrica



AZULEJOS

Liquidamos grandes y pequeñas partidas suelos, paredes y revestimientos, de 15 x 15 serigrafados, 10 x 20 plaquetas, todo a 2 ptas. unidad, 100.000 romos de color a 1 pta. unidad, TEODORO BONAPLATA, 3 (jto. PARALELO)



Un anis excepcional

**ANIS
PENEDÈS**

Amb la garantia de

Destil·leries GALLEMÍ
Vilafranca del Penedès

PINTURA y EMPAPELADO

Parquet y Moquetas

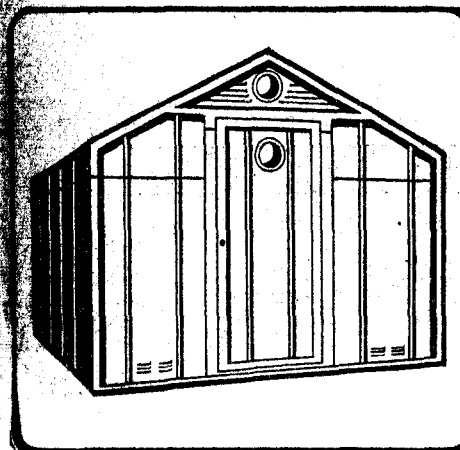
Trabajos garantizados. A plazos, sin recargo

DECORISA

Tel. 325-20-54

MUEBLES

TARRAGONA



CASETA
METALICA PREFABRICADA

UNA

ENTREGA INMEDIATA

COLL VALL

LEPANTO, 388

TELEF. 256 06 02

BARCELONA-13